

## A poeta depuesto, poeta puesto

*Ciertamente [...], yo venía registrando en mí, desde 1948 en que apareció mi Adán Buenosayres, los efectos de tal exclusión, operada, según la triste característica de nuestros medios intelectuales, con el recurso fácil de los silencios y los olvidos prefabricados [...]. Y su confirmación de lo que yo había experimentado en carne propia me llevó a estas dos conclusiones: 1.º, la «barbarie» que Sarmiento denunciara en las clases populares de su época se había trasladado paradójicamente a la clase intelectual de hoy, ya que sólo bárbaros (¡oh, muy lujosos!) podían excluir de su comunidad a un poeta que hasta entonces llamaban hermano, por el solo delito de haber seguido tres banderas que creyó y cree inalienables; y 2.º, desde 1955 no sólo tuvo nuestro país un Gobernante Depuesto, sino también un Abogado depuesto, un Médico Depuesto, un Militar Depuesto, un Cura Depuesto y (tal mi caso) un Poeta Depuesto.*

Leopoldo Marechal, *Cuadernos de navegación* (Seix Barral, 2008)

«Desconfío de los escritores que no empezaron haciendo versos»<sup>1</sup>, dijo Abelardo Castillo en uno de sus últimos trabajos. El que humildemente garabatea estas palabras comparte ese recelo, y, para tranquilidad de todos los que, de una forma u otra, sospechan que detrás de una sentencia como la que acabo de citar yace una suerte de irrefutable «verdad literaria», les recuerdo que tanto el autor de la novela *Cara al viento como un león*, Daniel Barroso, como su célebre protagonista, Leopoldo Marechal, iniciaron su senda creativa escribiendo versos de alto vuelo. Barroso todavía lo hace; Marechal, por razones que tienen que ver con la finitud de la materia, ya no, pero ahí están *Días como flechas*, *Odas para el hombre y la mujer* o *El centauro* para inmortalizarlo de algún modo.

A Barroso y a Marechal también los une el peronismo, ese «hecho maldito de la política argentina»<sup>2</sup>, y es justamente a partir de esa otra inmensa coincidencia que la novela puede leerse casi como un ajuste de cuentas, ajuste que si bien encierra un homenaje, al mismo tiempo, interpela a la historia y sus intencionales olvidos. Remitámonos, sin ir más lejos, a

---

<sup>1</sup> Abelardo Castillo. *Ser escritor*, Buenos Aires, Seix Barral, 2014.

<sup>2</sup> John William Cooke. *Peronismo y revolución*, Buenos Aires, Granica, 1971.

ese ingenioso y elocuente subtítulo: *Pleitesario Marechaliano*. Sin duda, hay aquí una manifiesta toma de posición, la de iniciar un «pleito» reivindicatorio del «Poeta Depuesto», de modo que, tras evidenciar (aunque mejor sería decir *recordar*) las verdaderas causas de esa «deposición», el poeta vuelva a ocupar el lugar que se merece, tanto en nuestro siempre arbitrario canon literario como en nuestra muchas veces falible memoria colectiva.

Se me dirá que a Marechal ya se lo ha reivindicado lo suficiente, lo cual es probable (aunque me pregunto cuánto y cuándo es suficiente), pero nunca mediante una novela, y agregó, nunca mediante una novela en la que el «reivindicado» en cuestión fuera a su vez protagonista.

Pero ¿es *Cara al viento como un león* realmente una novela? No lo es en un sentido clásico o, si prefieren, decimonónico. Sí lo es en un sentido moderno o «vanguardista», que, por cierto, es el que el mismo Marechal le daba a su propia producción novelística. Así, el mecanismo narrativo elegido por Barroso se inscribe en una tradición que tiene al mismo Marechal como pionero, tradición que en nuestro país se inicia con *Adán Buenosayres* y que sigue luego con *Rayuela*. Me refiero a la novela entendida como desmesura, como desborde, como vehículo para describir todas las instancias de la naturaleza humana; novela en la que el humor no está reñido con la reflexión literaria, estética o política, y en la que el libre ejercicio escriturario va ocultando o disolviendo la acción en beneficio de planteamientos más cercanos a lo lírico y lo ensayístico.

El diálogo es también un recurso explotado pródigamente por Marechal —y, en consecuencia, por Barroso—; sin embargo, no hablo aquí del diálogo realista, propio de las llamadas *novelas de género* (denominadas así por sus respectivos géneros: policial, romance, terror, ciencia ficción, etc.), sino de un diálogo que se estructura desde una perspectiva platónica, es decir, como vehículo o medio de conocimiento, pero también como celebración de la posibilidad de lo «dialógico», posibilidad a todas luces encomiable si tenemos en cuenta que, por lo general, se da entre personajes que primero fueron elevados a la categoría de símbolo. Al respecto, supe escribir hace unos años lo siguiente:

... la «conversación», entendida como una actividad concreta y nuclear, es un rasgo que conecta las novelas de Marechal con las de Arlt y Filloy. Otro rasgo bien podría ser el aspecto performático de esa «conversación». Pensemos que, en estas novelas, conversar y debatir son acciones que llaman menos la atención sobre el contenido de lo conversado o debatido que sobre la dimensión performática y

gesticulatoria —histriónica, diríamos— del hecho dialógico. Asimismo, en muchas ocasiones, los personajes conversan y debaten en pleno desplazamiento, de lo que podemos inferir que el acto de dialogar es también el modo que tienen los cuerpos y las voces para apropiarse del espacio urbano, espacio que presupone la existencia de un público.<sup>3</sup>

Sin duda, esta observación es aplicable a las páginas que aquí glosamos. No solo porque Barroso, en su homenaje, asume en parte las «maneras marechalianas», sino también porque los mismos personajes —símbolos vivos—, en algún punto, lo demandan. Esto puede verse tanto en el prólogo como en el epílogo que enmarcan la historia propiamente dicha, un prólogo y un epílogo que están a cargo de Barroso y Barrantes, dos personajes provenientes del universo literario de Leopoldo Marechal,<sup>4</sup> universo del cual, por una «provocativa concomitancia patronímica», ni el propio autor de esta novela parecería haber salido indemne.

Esa «historia propiamente dicha», que es como hemos convenido en llamar al fluir mítico-simbólico que atraviesa el espacio que hay entre el exordio y el epílogo, comienza con un profundo soliloquio de despedida que el Poeta Depuesto, ya en los umbrales de la muerte, le destina a Elbiamor (nombre poético dado a Elbia Rosbaco), su fiel y amante compañera. A partir de ahí, el relato se va configurando desde distintos puntos de vista narrativos, incluido el de la citada Elbiamor, en los que, en mayor o menor medida, además del lirismo que se impone por su propio peso, priman el humor y la inevitable reflexión sociopolítica, a veces, incluso, confundándose entre sí.

A nadie debería sorprenderle, entonces, que el homenaje que Daniel Barroso le tributa a Leopoldo Marechal en este libro sea tan conmovedor como literariamente único. El «Poeta Pretencioso», como se hace llamar el autor en el introito, logra devolverle al Poeta Depuesto, aunque más no sea a fuerza de cariño (esa otra forma de poesía), el sitio que Marechal tuvo que haber tenido desde un principio en las letras argentinas. No obstante, estimo que para que la reivindicación sea completa, el sistema literario de nuestro país, esto es, aquel que se

---

<sup>3</sup> Flavio Crescenzi. «Dispersión en lo múltiple: la teoría surrealista oculta en *Adán Buenosayres*». Artículo publicado en la revista virtual *La Tecl@ Eñe*, edición de enero de 2014.

<sup>4</sup> A riesgo de aguarles la sorpresa, debo advertirles que, en el epílogo o colofón, se suman a estos dos personajes marechalianos los bíblicos Gog y Magog, con lo que, para satisfacción de Lawrence Durrell, se terminaría conformando un cuarteto, aunque no el de Alejandría.

construyó sobre las figuras de Sarmiento, Lugones y Borges, deberá dejar de lado sus preferencias ideológicas y empezar a valorar, por encima de todo, los logros estéticos de las obras ponderadas, aun si algunas de estas las ha escrito un peronista.<sup>5</sup> Hasta que podamos ser testigos de tamaño milagro, los invito a disfrutar de lo que sigue.

Flavio Crescenzi  
Buenos Aires, julio de 2020

---

<sup>5</sup> Admito que tanto la figura de Marechal como la de otros autores peronistas —aunque me atrevería a incluir en esta nómina a escritores de adscripciones políticas igualmente «inconvenientes»— no padecen hoy en día el olvido que otrora padecían. Sin embargo, creo que eso se debe menos a un *mea culpa* de los históricos representantes del sistema literario argentino que a la llegada de una nueva camada de críticos y académicos, en sí minoritaria, al sistema del que hablamos. Con esto quiero decir que tal vez se haya ganado una batalla copando algunos lugares estratégicos, pero todavía no la guerra (y pido disculpas de antemano por el imprevisto giro belicista en mi expresión).